

de tener presente en todo momento esta amenaza en medio de las innumerables cuestiones cuya atención debía priorizar, derivadas de los acontecimientos en la batalla principal que librábamos en toda la zona entre Jigüe y Puralón. En la tarde del día 18 envié nuevas instrucciones al Che, pues si el enemigo intentaba avanzar desde las Minas en dirección a Jigüe, debía hacer una primera resistencia mientras se preparaba con parte de los combatientes posicionados en la zona de Cahuara una línea de defensa a la altura de La Magdalena Arriba. El Che y sus hombres debían, entonces, replegarse por la loma de La Iglesia y esperar a que los guardias chocaran con esa línea nuestra para atacarlos por la retaguardia.

El camino de La Magdalena era, a mi juicio —así se lo decía al Che en el mensaje que le envié con estas indicaciones—: “[...] lo más perfecto para una encerrona”. Tenía la certeza de que esa maniobra era factible sin poner en peligro nuestras posiciones en el cerco, pues la tropa sitiada ya no estaba en condiciones de asumir ningún tipo de iniciativa. Y por el Sur la situación también quedaba clara. Para tranquilizar al Che, siempre aprensivo cuando se trataba de realizar dos operaciones simultáneas para las que consideraba que no contábamos con fuerza suficiente, le decía en este mismo mensaje: “Entre el mar y el Jigüe tenemos un ejército para impedir que vengan refuerzos”.

El intento de auxiliar al Batallón 18 desde el Norte era una maniobra casi obligada. Sin embargo, todas las precauciones fueron en vano, ya que, inexplicablemente, los guardias de las Minas no se movieron en todos estos días. Semejante conducta solo puede deberse, una vez más, a la desmoralización o a la ineptitud flagrante del mando enemigo.

El día 19, Almeida ocupó con un pequeño grupo de hombres el camino de Palma Mocha a El Naranjal, a la altura del firme de Palma Mocha. Era una precaución excesiva de nuestra parte para prever la muy improbable contingencia de que alguna fuerza enemiga pudiera penetrar en el teatro de operaciones desde la dirección de Palma Mocha o La Caridad, y caer así sobre la retaguardia de las posiciones rebeldes en Puralón.

La situación en el cerco no cambió sensiblemente durante ese día. Los combatientes rebeldes siguieron hostigando con sus disparos al campamento enemigo, mientras que los guardias contestaron al fuego de manera desorganizada. Una de esas ráfagas de ametralladora calibre 30, lanzada desde las posiciones de la tropa sitiada, alcanzó en la tarde de ese día al teniente Teodoro Banderas, de la escuadra de Vilo Acuña, quien resultó muerto.

Sin embargo, alrededor del mediodía se había producido una especie de tregua informal en el sector del cerco más próximo a las posiciones de los guardias en la falda del alto de Cahuara. Algún personal rebelde llegó, incluso, a entrar en el perímetro enemigo, conversar con los soldados y darles cigarrillos.

No cabía duda de que era necesario acabar de resolver la situación, que ya se prolongaba demasiado. Existía aún el peligro de que el mando enemigo, en una acción desesperada e irracional, lanzara contra nuestras posiciones de Jigüe un ataque aéreo masivo, incluido el uso de napalm, que pudiera causar algún daño. Era muy conveniente disponer de una vez de las armas y el parque, que seguramente se capturarían, para emprender las operaciones ulteriores contra las demás fuerzas que habían penetrado al interior del territorio rebelde. Por otra parte, ya nuestros hombres comenzaban a sentir también el rigor del hambre y la fatiga.

La otra opción que cabía considerar, a los efectos de precipitar un desenlace, era el asalto frontal. Del éxito seguro de un ataque no nos quedaba duda. Frente a la voluntad de pelea de nuestros hombres nada podrían el agotamiento y la desmoralización de los guardias. Incluso, el Che me recomendó este curso de acción en uno de sus mensajes. Sin embargo, para una decisión de ese tipo había que sopesar muy bien el precio que tendríamos que pagar en cuanto a las bajas que inevitablemente ocurrirían entre nuestros combatientes en una operación de esa naturaleza.

Convencido de que la rendición de la tropa cerca sería cuestión de horas, opté, en definitiva, por esperar el resultado del combate contra el segundo refuerzo.

Esa noche, al recibir las primeras informaciones acerca del destrozo infligido a este refuerzo, decidí enviar una carta al comandante Quevedo. Después de referirle la suerte corrida por los dos contingentes enviados por el mando enemigo desde la playa, le abundaba en las siguientes consideraciones acerca de la inutilidad de una resistencia más prolongada de su parte:

El camino de La Plata usted sabe que es como un paso de las Termópilas, que miles de soldados no podrían franquear.

Si no fuese usted el caballero que es, el hombre humano y decente que con tanta bondad ha tratado a los ciudadanos donde quiera que ha estado; si no fuese usted el jefe querido de sus soldados por el trato que les ha dado; si no fuese usted el militar de sentimientos patrióticos y democráticos, forzado por amargas circunstancias a librar esta campaña contra la razón, el derecho y la justicia, en la que ninguna honra ni gloria podría ganar, aunque la fortuna militar lo acompañara, no me dolería que pereciera usted de hambre y metralla con todos sus soldados, que en definitiva están sirviendo [a] la ignominiosa causa de la tiranía y han costado la vida de muchos buenos compatriotas. Pero mi conciencia de hombre honrado, mi sensibilidad humana hacia otros hombres en la adversidad, me imponen al menos la obligación de hacer algo por esos hombres que están ahí, engañados la mayor parte, creyendo las burdas historias que han inventado los que comercian con la sangre de los soldados de la República, y por usted, que para amargura de nosotros que lo hemos puesto en esta difícil situación, sin saber siquiera que de usted se trataba, es uno de los militares más decentes que conozco en el Ejército y que por un prurito de honor que solo se justifica en defensa de la patria y de las causas justas, sacrifique su vida y la de sus hombres en aras de la infamia. Yo tengo también un interés: ahorrar vidas de mis hombres. Tenga la seguridad que me bastaría ordenar un asalto en masa con fuerzas dos veces superiores a las que a usted le queda[n] y tomamos esa posición por muy tenaz resistencia que nos hagan, porque nuestra tropa está enardecida y nos favorecen todas las ventajas tácticas. Pero, ¿tendrían derecho a esperar sus soldados el mismo trato si nos hacen sacrificar en una batalla que ya tienen perdida, a numerosos compañeros?

Mientras tanto, ¿no comprende usted que atrincherados nuestros hombres en firmes y desfiladeros que son infranqueables, el intento de rescatar esa tropa, sería la sepultura de cientos de sus compañeros de armas sin que logran el empeño?

¿Sabe usted que las tropas están agotadas y los detenidos por deserción en la jefatura de operaciones suman centenares, en cuyo estado deplorable de ánimo no podrían vencer nuestra resistencia tenaz y resuelta? ¿Si en dos meses no han podido penetrar en ciertas zonas, cómo van a penetrar ahora por caminos mucho más fuertemente defendidos y favorecidos por el terreno? ¿No observa usted que la aviación, única arma a la que pueden ya aferrarse, no hace la menor mella en nuestras filas, y que nuestros hombres están tan cerca de ustedes que no pueden ser ametrallados y bombardeados sin que ustedes también lo sean?

¿Qué esperanza puede tener usted, Comandante, que justifique el sacrificio de tantas vidas suyas y nuestras?

¡El honor militar! ¿Y no cree usted que el honor militar exigía antes que nada, que el Ejército de la República y sus oficiales de Academia jamás hubiesen sido puestos al

servicio del crimen, del robo y de la opresión?

Usted es un hombre culto y sabe que le hablo con la razón y el corazón. Tenga el valor de ser sincero con su conciencia, ser leal a ella, a la Patria y a la humanidad, y no morir oscuramente sin que la nación y sus conciudadanos se lo agradezcan ni se lo admiren, que la persona humana tiene derecho a fines más nobles. El valor de usted y su vida, hombre honrado y capaz que la patria necesita, no deben sacrificarse inútilmente.

Hay muchos prisioneros heridos de su batallón y en el combate de hoy habían ya 14 compañeros suyos heridos de gravedad en nuestro poder, que no podrán ser evacuados y atendidos como lo requiere su estado mientras la batalla se prolongue con el trabajo abrumador que imponen a nuestro personal las obligaciones militares. Tenemos concertada la entrega de todos los prisioneros heridos a la Cruz Roja, que viene con salvoconducto del Jefe de Operaciones para el martes 22. Materialmente no podemos hacer más por ellos. Envíe a nuestra línea, si lo desea, a su médico para que se cerciore de cuanto digo.

Dígnese escuchar estas razones, no a un adversario ocasional, sino a su amigo, a su compañero de las aulas universitarias y su sincero compatriota, a quien la victoria, por estar usted de por medio y haberse derramado tanta sangre, no puede saberle más amarga.

Espero de su condición de militar de honor que devuelva al portador de esta carta, la que lleva a usted cumpliendo simplemente una orden [...].

Esta es la versión final de la carta que envié al comandante Quevedo en la noche del 19 de julio. El portador fue un soldado prisionero, me parece que cocinero, quien llevaba también la información de que nuestros hombres harían un alto al fuego hasta las 10:00 de la mañana del día siguiente. El mensajero llegó a su destino al amanecer del domingo 20 de julio, y regresó a media mañana con la respuesta de Quevedo: el jefe del Batallón 18 agradecía el mensaje, pero no tomaría ninguna decisión hasta las 6:00 de la tarde, pues había prometido al mando superior esperar hasta esa hora el resultado del combate de los refuerzos.

Poco después, Ramiro me informó que había hablado con el comandante Quevedo, quien le había dicho que resistiría hasta las 6:00 de la tarde, que si a esa hora el refuerzo prometido no había llegado, estaba en disposición de tramitar su rendición. La noticia, aunque esperada, no dejaba de ser muy estimulante. Empezaba a vislumbrarse más cercana la victoria. Todo dependía del éxito del combate contra este segundo refuerzo, de cuyo resultado no teníamos la menor duda.

Ramiro había logrado hacer contacto con Quevedo gracias a la tregua que habíamos anunciado, que se extendió, de hecho, más allá de las 10:00 de la mañana, cuando supimos la respuesta a la oferta de rendición. Durante el alto al fuego, muchos combatientes rebeldes entraron al campamento enemigo y confraternizaron con los guardias, entre ellos, varios de nuestros capitanes, como Braulio Curuneaux, Guillermo García e Ignacio Pérez.

Esa tarde, envié a Radio Rebelde un parte en el que se anunciaba la próxima victoria de la batalla contra el Batallón 18, que calificábamos de decisiva. No quise dar todavía la noticia de la rendición —en vías de tomarse el acuerdo—, por temor a que el mando enemigo reaccionara con el bombardeo de su propio personal. Además, dar enseguida la información podría precipitar la decisión de ordenar la retirada inmediata del resto de las fuerzas enemigas que habían penetrado en territorio rebelde —concretamente las estacionadas en Santo Domingo, las Vegas de Jibacoa y Minas de Frío—, sin darnos tiempo a preparar las condiciones para impedirselo. Esa tarde ordené, también, la concentración en el propio Jigüe de todo el personal rebelde en la zona, incluidas las fuerzas que